



Omar Villota Hurtado

Que no me toque verla

© Omar Villota Hurtado, 2019

ISBN: 978-958-49-0670-0

Licensed bajo Creative Commons

[Atribución 4.0 Internacional](#)

Que no me toque verla

Cuentos

La media luna del espejo	4
Ella	9
Ya sé lo que es	28
Viaje nocturno sobre un sueño azul	33
¿...Y qué extraño de ti?	37
He regresado muerto.....	46
La segunda soledad.....	71
Cinco minutos	77
Un día imprevisto	80
Ante el espejo	82
Que no me toque verla	87
Los sueños	93
Una cadena	100
Las frases de los muros de la ciudad.....	111
Sus horas de desilusión habían acabado de pasar	115

Omar Villota Hurtado

La media luna del espejo

1991

Desde el dintel la encontró perfecta, comenzando por su larga cabellera rubia cepillada hasta sus blancos talones. Estiró su mano para sentirla pero en segundos huyó y, con desesperación, la buscó en la tina, en la cama, en los cajones del armario, en la tasa del café. La indagó en el corredor que llega a la calle, en su corazón y la olió en su ropa durante toda la mañana. Pero estos lugares quedaron insatisfechos y no tuvo otro remedio que regresar al baño para verla otra vez y entonces aprendió que no debía acariciarla si era verdad que la quería. Así que se conformó y la miró desde allí: su espalda ancha, desde sus hombros tostados, y sus muslos largos pero también sedosos.

Prendió un cigarrillo mientras pensaba en el lugar donde la conoció. Trató de averiguar quién los habría presentado y cuándo estuvieron juntos. Quiso acercársele pero recordó que por desearla había escapado del espejo hacia el fondo de la pared y lágrimas le costó volverla a descubrir.

Pensó que sería cuestión de suertes si esta vez volviera a salir por entre esas esquinas del muro del espejo cuando se acercó con la bata de encajes de seda blanca y no con el vestido amarillo ceñido que le traslucía la cadera y su bikini y ahora sí logró advertirle sus pasos que caminaron desnudos y la conoció de frente al mirarle sus ojos azules de mar, su nariz fina de mujer inmadura y sus labios delgados de rojo sangre.

Trató de empujarse para verle su seno y su vientre -por donde se gesta la vida- pero no alcanzó y se quitó las medias porque es lo que oyó, aunque le pareció más un consuelo que una orden. Y al levantar de nuevo su mirada la volvió a ver dentro del espejo retocándose su maquillaje.

Que no me toque verla

"Acaríciame suave", le dijo ella y como un autómata la complació pero no estaba allí, por lo que enmudeció toda esa noche.

La siguió en su cuerpo desnudo. En sus labios que se refrescaron. Retornó a sus halagos, a su cadera, a su cuello, pero no estaba con ella. La sentía distante, como otra cualquiera.

Se mortificó todo el siguiente día por olvidar quién era la rubia del espejo y desde la puerta aspirando la colilla quiso de nuevo aproximarse a ella pero el miedo a perderla lo inmovilizó. Entonces, como una luz fugaz, la interrogó. Se extasió en su cara de niña buena. Y antes de proseguir con otro interrogante sintió salir del espejo sus dedos perfumados con jazmín para callar su boca y comprendió lo que debía silenciar.

En la pasada noche alcanzó a revivir su memoria y salió al baño para esperarla y mientras disfrutaba de sus pasos desnudos recordó su vida de colegio y la halló dos escritorios más allá del suyo, en el mismo salón de clase, comenzando el bachillerato, y la reconoció idéntica envuelta con la falda escocesa del uniforme de gala y las blancas medias tobilleras que sacudía con obstinación. En ese momento se maravilló de su memoria fotográfica porque sintió el latido de su vida, cuando su mano la acarició en el teatro escolar mientras el profesor de biología proyectó la película del martes. Se murió de pánico. Aun así se buscó completo, sin fantasía. Miró al espejo y se le disiparon las dudas respecto a ella, porque la observó otra vez descascarando la pared y lamiendo arena.

Ahora piensa que entre más alegrías sienta mayor aflicción debe soportar en los días venideros y no es extraño verle entonces su rostro sombrío y plúmbeo, aislado por el contagio que cree emanar de su arraigado pensamiento negativo y de su fuerte carácter de rechazo social.

Omar Villota Hurtado

Por lo tanto me contagio por el desánimo y entonces me encierro, lloro y me castigo al no tener clara conciencia que los días carecen de motivos y el mundo se me asimila a un cabaret: cretino, déspota y con un olor nauseabundo de creolina, piensa. Porque vengo de allí, se dice. A la mierda la realidad que es nacer y morir, repite. Soy un malparido y como soy hijo de nadie me cago en el mundo, maldice. Y no la escucho, se confiesa. Cuando llega el momento de exigirme una idea le respondo en tono frío, fingido y hasta amargo, reconoce. Y es el instante de fastidiarnos, grita. De oírse jurar que nunca más te volveré a ver mientras viva. De escucharse cómo le lanza la vulgaridad a la vida y de ser impotente ante sus volteadas de espalda, se calma. Porque ella también se considera la víctima de una sociedad aparente y cínica, recuerda sus lamentos. Pero en esos estados, cosa rara, su sensación es de estar robándole tiempo a Dios, reflexionó en la última conversación. Y su indignación no le alcanza para arrojar dardos vengativos al enamorado corazón si no que confunde su insuficiencia de utilidad con la presión del ignorante que la lleva también a encierros esporádicos y lentos monólogo frente a este espejo que cuelga en esta habitación cerrada y apestosa. Y aquella creencia de estar postrada a una estática te enferma y tus nervios te irritan, le sugiere. Y todavía más, ya que si a lo anterior le acumulas abandono-soledad- y-tristeza es natural que yo sea un recepcionista de tu comportamiento y un contador de tu mal genio, le reprocha. Porque sabes que para mí no hay otro amor como tu amor, ni nada igual a la pasión, le canta. Porque además soy una de las pocas personas sinceras que se mantiene a tu lado, le escribe. Te quiero de verdad, le llora. Me esfuerzo en entenderte, le clama. Y no me importa la discusión del motel porque tus labios no expresarán nunca "no te quiero" y ese ja, ja, ja tuyo me lo confirma. Comprendo tu crisis nerviosa, ya que también soporto un exceso de responsabilidad en este desmotivado trabajo. Conozco tu interés como mujer ante

Que no me toque verla

el mundo, la rescata. Te respeto, la acompaña. Pero no te hagas la sorda y no te prevengas así amor. Ven, la solicita. Pon tu brazo acá, la auxilia. Dame un beso, le suplica, Nunca me dejes que no te dejaré, le promete. Lo que es la vida, lo que fue del egoísmo, la envidia que cerca y mata, de nuevo le canta.

"¿Háblame, quieres?", le dice, pero ya no estaba con él.

Volvió a escarbar más adentro en su memoria y entonces extrajo en esta oportunidad el dolor por la muerte de su esposa. Esculcó más allá pero cada vez se la ataba con fuerza hasta que horrorizó a su memoria.

Caminó hacia atrás en el baño para inspeccionar todo su cuerpo y pidió entender a su manera la última rutina, y como si hubiese aprendido a leer el futuro de sus días, se convirtió en augur de su vida. Dejará que su encierro de tristezas lo llame al orden de una nueva realidad. Creerá en sus pasos que esperan y aguardan cualquier visita en estos silencios aciagos. Sabrá que es martes sombrío y soltará azaroso el nerviosismo penetrante de entonces por el frío que traen los muertos, aun cuando esta vez lo borrarán con mucha solemnidad a través de la mano al aplastar su bigote blanco que lo hallará disminuido por el paso de los años y el poso de la soledad. Cerrará la puerta donde cuelga la calle y sin darse cuenta apaciguará su dolencia al liberar un suspiro ahogado por el amor. Y también sin darse cuenta, su clamor le servirá para depositar otro llanto por su esposa, y entonces, llegará a comprender que todo el torbellino de evocaciones, le atropella y revuelca la habitación y le oscurece su interior al sentirse sin solidaridad.

Ahora sabe de su destino inexorable en esta experiencia que soporta desde hace ochenta años. Lo comprende por la ley natural que envuelve a todas las vidas. Y lo acepta con tanta honradez, que una lágrima rueda por sus huesos abultados y recorre en zigzag su cuarteada piel, pero no tiene más para ofrecerse que una cerveza helada y se la

Omar Villota Hurtado

brinda porque lo acompaña a su pasado que ha entendido como ajeno.

Ahora percibe a su manera que sus lágrimas le suavizan el hedor de la nostalgia, le limpian la putrefacción de su soledad y le calman el torrente de caminos y paisajes dejados por la vida.

Sin vergüenzas se reconoció en el espejo y buscó a la mujer en él. Se notó cansado, disminuido, pasmoso y por último un ligero sueño le cerraba el sudor de su cara, pero desde el dintel la observó completa caminando desnuda por la media luna del espejo, esperándolo mientras peina su larga cabellera rubia.